

tan belicosos»), se titulaba (*Under*) *writing the female body: Sor Juana Inés de la Cruz/Frida Khalo/Madonna*» y venía gozando en los Spanish departments de un prestigio (a mi parecer, desde luego) un tanto overrated, pero inatacable. De pronto, en todos los parties, en los almuerzos del Faculty Club, ése era el libro que todo el mundo acababa de leer, y que yo trataba de disimular que aún no había leído.

Tenía tanto sueño que me desplomé en un taxi y casi me quedé dormido en el trayecto hacia el hotel. Me eché en la cama, calculando que tendría tiempo para una catnap de veinte minutos o media hora antes de irme a la lectura de Simpson Mariátegui, que se titulaba, por cierto, según leí en el programa, *From Aleph to Anus: Faces (and feces) in Borges. An attempt at Postcolonial Analysis*. Sentí placenteramente cómo me iba deslizándose hacia el sueño, bien ahito de comida, de vino tinto, de café, de grappa, en un estado de beatitud física que me hizo acordarme de la cara colorada y la barriga prieta de mi fugaz amigo Marcelo Abengoa, acordarme o soñar con él, que me contaba algo, aunque yo no distinguía bien sus palabras, había comido y bebido demasiado...

No me desperté a tiempo de ir esa tarde a la conference, pero a la mañana siguiente, cuando acudí por fin a ella, la ilusión de haber

sido invitado empezó a convertirse en un sentimiento de incomodidad, hasta de un poco de fastidio, como si yo no tuviera mucho que hacer allí ni en realidad me uniera nada con la mayor parte de las personas con las que me cruzaba, aunque exteriormente era idéntico a casi todas ellas, distinguiéndome apenas por el nombre que llevaba en el badge plastificado de la solapa. No me enteraba de una gran parte de las cosas que escuchaba, aunque entendiera perfectamente las palabras españolas o inglesas en que se decía, y estuviera ya muy habituado a casi todas ellas. Después de asistir a tantas conferencias y seminars, aquélla fue la primera vez que me di cuenta de algo muy curioso: todos los scholars, aun hablando idiomas diversos y viniendo de varios continentes, repetíamos siempre el mismo gesto durante la lectura de nuestros papers, e incluso después, en las charlas de pasillo o en los comedores: cada vez que queríamos indicar que citábamos algo, que lo entrecomillábamos para ponerlo en duda, extendamos los brazos a los costados para dibujar en el aire, con los dedos índice y corazón de cada mano, el signo de las comillas, como si las puntas de los dedos rascaran o aletearan brevemente en el vacío.

Mi paper sobre narratividad e intertextualidad en el soneto *Blind Pew*, además, no me

tocó leerlo en la sesión plenaria, tal como estaba scheduled. Por culpa de una confusión, de un malentendido achacable a la falta de seriedad (tan latina) de los organizadores, fui desplazado a un aula marginal y a una hora imposible, las ocho y media de la mañana del último día. Mi nombre atrajo una exigua audience de cuatro personas, pero cuando me situé delante del lectern y me puse las gafas para empezar a leer noté que había entrado un quinto espectador. Se me atragantó el primer carraspeo de cortesía: quien había entrado era, para mi sorpresa y mi infortunio, Ann Gadea Simpson Mariátegui, a quien reconocí por sus fotos, porque nunca, hasta aquel día desdichado, la había visto in the flesh. ¿Cómo era posible que ella, la diva de la Conference, hubiera madrugado para molestarse en asistir a la lecture de un casi don nadie? Pero yo soy muy torpe o muy perezoso para sospechar, y en aquel momento no se me ocurrió hacerme con demasiado ahínco esa pregunta.

Leí, muy nervioso, con la boca seca, sin atreverme a desplazar la mano hasta el vaso de agua y a llevármelo a los labios, porque temía que se me notara mucho el temblor, que se me derramara el agua. A Simpson Mariátegui no me atrevía a mirarla: de vez en cuando buscaba la mirada de una chica joven sentada en la primera fila, bastante fea, con gafas grandes, pál-

da, con el pelo color de paja sin brillo, con las mejillas un poco abruptas de acné. La veía mover la cabeza aprobadoramente hacia lo que yo decía, tomar notas, empecé a sentir hacia ella una mezcla muy rara de lástima y de gratitud. Tras un tiempo eterno terminé mi exposición, sonreí, con la sonrisa tonta y rígida del miedo, me quité las gafas, agradecí una o dos palmas anémicas, producto de la temerosa efusión de la señorita de la primera fila.

Al principio me pareció que escaparía a salvo. Pero el silencio de Simpson Mariátegui era ese instante de inmovilidad en que la fiera entona sus músculos para saltar sobre la presa inerme.

Alzó la mano, se puso en pie, mordiendo la punta de un bolígrafo, punta que luego volvió hacia mí en un gesto no muy distinto del de apuntar una pistola. Me aplastó. Me humilló. Me sumió en el ridículo. Me negó el derecho a hablar de Borges, dada mi condición de no latinoamericano. Me acusó de alimentar la leyenda de Borges, ese escritor elitista y europeo que dio la espalda a las genuinas culturas indígenas latinoamericanas. Me recordó, citándose con desenvoltura a sí misma, su celebración ecuación Europe=Eu/rape. A esas alturas la chica de los granos, mi oyente fervorosa, bajaba la cabeza cuando yo buscaba un poco de ayuda

en sus ojos, como si yo le diera tanta pena que no pudiese mirarme, o como si quisiera ocultar ante la iracunda Terminator cualquier rasgo de simpatía hacia mí.

Ya en jarras, Simpson Mariátegui se preguntó hasta cuándo iba a ser tolerada la fascinación europea, heterosexual y masculina por los mitos del expolio colonial, pues no otra cosa, según ella, era *La isla del tesoro*, uno de cuyos personajes, el mendigo ciego que se llama Pew, protagoniza el poema de Borges que yo había intentado analizar, y que tantas veces me he repetido a mí mismo de memoria, sin que deje nunca de emocionarme de una manera honda y misteriosa, de hacerme una compañía siempre leal incluso en los episodios más mezquinos de la soledad o el infortunio:

Lejos del mar y de la hermosa guerra,

Que así el amor lo que ha perdido alaba,

El bucanero ciego fatigaba

Los terrosos caminos de Inglaterra...

X

Uno o dos días después, el sábado de aquella semana de raro otoño austral que pasé en Buenos Aires, en una mañana fresca, con una promesa de lluvia en el aire, me encontré paseando al azar por una plaza que resultó ser la de Mayo, y al doblar una esquina vi de pronto ante mí el letrero vertical y el tamaño ingente del hotel Town Hall. Como tantas veces, mientras andaba solo por la calle había ido murmurando versos de Borges, primero el poema a Espinoza (*Las transluídas manos del judiollabran en la penumbra los cristales...*), después *El Golem*, que me sé entero a pesar de su longitudo, por fin, de nuevo, mi querido *Blind Pew*, el soneto gracias al cual, de algún modo, yo había viajado a Buenos Aires, el que había hecho caer sobre mí el furibundo anatema de Ann Gadea Simpson Mariátegui.

Sabía que en remotas playas de oro

Era suyo un recóndito tesoro

Y esto aliviaba su contraria suerte...



Una de sus jóvenes amantes, Nathalie, dijo de ella que era como un reloj dentro de una nevera. Nathalie se sentía despechada porque Simone de Beauvoir no le daba todo el amor que ella pedía, pero aun así se diría que atinó con el símil. Simone, el Castor, la inmensa Simona que gravitó sobre generaciones de mujeres con su rotundo ejemplo de fuerza e independencia, era al parecer así en su vida privada: laboriosa, precisa, congelada. Implacable en la construcción de su vida y en su relación con los demás.

Nació en 1908 en París en una familia de alta burguesía con ínfulas de rancia aristocracia. También Simone, como tantos otros escritores, probó en su infancia el sabor de la decadencia. En su caso fue espectacular y muy literaria, con un abuelo banquero que declaró una bancarrota fraudulenta y que pasó quince meses en la cárcel, con el medio burgués dándole la espalda a la familia, con Simone y sus padres mudándose a un piso miserable que ni tan siquiera tenía agua corriente y en el cual hubieron

de prescindir, horror, de la servidumbre. El padre era un tipo derechista y frustrado que inculcó en sus dos hijas un ridículo sentimiento de superioridad, el patético desdén por la humanidad del aristócrata más pobre que una rata. Con el tiempo Simone se rebeló contra los valores burgueses de su entorno, pero siempre conservó ese sentido elitista de la existencia.

Porque Simone era altiva y se creía superior a casi todo el mundo. No a Sartre, por supuesto, a quien veneraba probablemente muy por encima de sus merecimientos. Cuando se presentaron los dos, ella con veintiún años, él con veinticuatro, al examen final de filosofía, Sartre sacó el primer puesto y Simone el segundo, pero los miembros del tribunal estaban convencidos de que «la verdadera filósofa era ella». Sartre siempre fue mucho más creativo, Simone más rigurosa. Probablemente ella hubiera debido dedicarse más al ensayo que a la narrativa (sus novelas son muy flojas), pero, en una de sus pocas debilidades tradicionalmente femeninas, siempre consideró que la grandeza del pensamiento le correspondía a Sartre y que ella ocupaba un lugar subsidiario.

Una vez, estando en pleno y ardiente romance con Nelson Algren, el escritor norteamericano que fue su gran amor de la madurez, Simone le dejó plantado para volverse a Francia: Sartre quería que le ayudara a corregir el manuscrito de uno de sus libros filosóficos. Nada, ni tú, ni mi vida, ni mi propia obra, está por encima de la obra de Sartre, le dijo entonces Simone al estupefacto Algren. Y regresó a París, para encontrarse allí con que Sartre se había ido de vacaciones con su amante de turno. En su entrega, en su aceptación del papel sustancial del hombre elegido (el hombre como el sol, la mujer un

ieres

umbre. El padre era un
nuculó en sus dos hijas
ioridad, el patético des-
rata más pobre que una
beló contra los valores
mpre conservó ese sen-

creía superior a casi
or supuesto, a quien
or encima de sus mere-
ron los dos, ella con
o, al examen final de
puesto y Simone el
tribunal estaban con-
ósofa era ella». Sartre
Simone más rigurosa.
ido dedicarse más al-
velas son muy flojas),
lades tradicionalmen-
que la grandeza del
stre y que ella ocupa-

rdiente romance con
mericano que fue su
le dejó plantado para
ue le ayudara a corre-
ros filosóficos. Nada,
está por encima de la
imone al estupefacto
ontrarse allí con que
on su amante de tur-
a del papel sustancial
mo el sol, la mujer un

planeta), Simone cumplió su herencia cultural, las anti-
guas normas de su sexo. Pero lo formidable en su caso,
lo que hizo que se convirtiera en un nuevo símbolo para
la mujer, fue su capacidad para construirse como perso-
na. Se acabaron los antiguos sacrificios femeninos, las
ceremonias de autodemolición como la llevada a cabo
por Zenobia, la mujer de Juan Ramón Jiménez (también
premio Nobel, como Sartre): Simone enseñó que la
mujer podía ser por sí misma, además de estar con.

Sin duda Beauvoir dio ese salto gracias a su ingente
voluntad, a su disciplina y a su esfuerzo (de ahí le vino
el sobrenombre de Castor: un animalito diligente que
no cesa de trabajar y construir), pero también pudo
darlo gracias a las condiciones de su época. Simone
vivió su adolescencia en los años veinte, después de una
guerra, la Primera Mundial, que había acabado con la
sociedad del XIX. En Rusia los bolcheviques parecían
estar inventándose el futuro, el mundo era un lugar
vertiginoso, la revolución tecnológica cambiaba la faz
de la Tierra como un viento de fuego. En medio de
toda esa mudanza había aparecido un nuevo tipo de mu-
jer, la chica emancipada y liberada, dos palabras de
moda. Se acabaron los corsés, las enaguas hasta los
tobillos, los refajos; las muchachas se cortaban el pelo a
lo garçon, llevaban las piernas al aire, eran fuertes y atlé-
ticas, jugaban al tenis, conducían coches descapot-
ables, pilotaban peligrosas avionetas. Eran los febriles y
maravillosos años veinte, los crispados e intensos años
treinta, tiempos de renovación en los que la sociedad
se pensaba a sí misma, buscando nuevas formas de ser.
Había que acabar con la tradicional moral burguesa y
en el ardor de aquellos años se pusieron en práctica
todos los excesos que luego volverían a ensayarse,

como si fueran nuevos, en los años sesenta: el amor libre, las drogas, la contracultura.

El pulso de la época se manifestaba con toda su intensidad en Montparnasse, el barrio parisino en donde Simone residió toda su vida: por allí habían pasado Trotsky, Lenin, Modigliani; por allí anduvieron los cubistas, con Picasso a la cabeza, y los surrealistas (Breton, Aragon), una tropa bárbara y risueña que se dedicaba a reventar funciones teatrales y a darse de mamporros contra los biempensantes en cenas y actos públicos: practicaban una suerte de terrorismo urbano. La cocaína corría por los bares, se experimentaba con la psicodelia (Sartre se inyectó mescalina en 1935 y anduvo medio loco durante un par de años: decía que le perseguía una langosta por la calle), se tomaban anfetaminas, se bebía mucho. De hecho, el abrupto y prematuro envejecimiento de Sartre debió de tener mucho que ver con sus excesos: desde muy joven se atiborró de anfetaminas y sedantes, todo regado de buen vino. También Simone se excedió con las píldoras estimulantes y sobre todo con el alcohol: cuando murió a los setenta y ocho años tenía cirrosis.

Con todo, y en medio de tanta turbulencia, el mundo era aún muy inocente. Beauvoir y Sartre, por ejemplo, tuvieron siempre claro que querían ser famosos («yo era muy consciente de ser el joven Sartre, de la misma manera que uno dice el joven Berlioz o el joven Goethe») y dedicarse a «salvar el mundo a través de la literatura». ¿Quién podría hoy creer, en su sano juicio, que la literatura sirva para salvar el mundo, o siquiera que el mundo pueda ser susceptible de ser salvado de ningún modo? La puerilidad del empeño sólo tiene parangón con el nivel de megalomanía que supone. Y es que, en efecto, Sartre y Simone fueron en esto almas gemelas:

en los años sesenta: el amor
cultura.

manifestaba con toda su intensi-
barrio parisino en donde Simo-
or allí habían pasado Trotsky,
lí anduvieron los cubistas, con
surrealistas (Breton, Aragon),
ña que se dedicaba a reventar
rse de mamporros contra los
y actos públicos: practicaban
urbano. La cocaína corría por
a con la psicodelia (Sartre se
y anduvo medio loco durante
le perseguía una langosta por
taminas, se bebía mucho. De
turo envejecimiento de Sartre
e ver con sus excesos: desde
anfetaminas y sedantes, todo
también Simone se excedió con
y sobre todo con el alcohol:
y ocho años tenía cirrosis.

tanta turbulencia, el mundo
auvoir y Sartre, por ejemplo,
ie querían ser famosos («yo
el joven Sartre, de la misma
n Berlioz o el joven Goethe»)
ido a través de la literatura».
en su sano juicio, que la lite-
mundo, o siquiera que el
de ser salvado de ningún
mpañeo sólo tiene parangón
ía que supone. Y es que, en
ron en esto almas gemelas:

narcisistas, egocentristas, elitistas, insufriblemente me-
galómanos. En su novela *La invitada* Simone dice de
sus protagonistas, que son el calco exacto de Sartre y
ella (Beauvoir padecía una absoluta, asombrosa falta
de imaginación, y siempre, incluso en sus novelas,
hablaba de su propia vida), que ambos «estaban juntos
en el centro del mundo, mundo que debían explorar
y revelar como misión prioritaria de sus vidas».

Esa misión se desarrollaba a través de las palabras.
Pocas veces he visto a dos seres tan dependientes de la
palabra, tan contruidos por y para ella, como Simone y
Sartre. Escribieron y hablaron incesantemente desde
muy jóvenes, un inacabable torrente de sílabas. Palabras
pronunciadas en los bares de Montparnasse, o en las cla-
ses de instituto que ambos impartieron, o en agotadoras
veladas con sus numerosísimos amantes, chicos y chicas
tan ansiosos de hacer el amor con ellos como de escu-
charlos. Palabras escritas en una infinidad de libros,
ensayos, artículos, y en una correspondencia maniática
e interminable. Grandes palabras maravillosas con las
que construyeron mundos (lo mejor de la obra de Beau-
voir son sus volúmenes de memorias, los libros sobre la
muerte y la vejez y, por supuesto, el fundamental ensayo
feminista *El Segundo Sexo*) y también palabras mezquinas,
banales, mentirosas; indecentes y crueles palabras que
han salido a la luz, tras la muerte de ambos, con la publi-
cación de sus cartas y diarios íntimos.

Y es que hay dos Simones, dos Sartres, dos interpreta-
ciones de esa pareja insólita. La primera versión se ajus-
ta a la mirada pública, a la imagen que ellos quisieron
ofrecer, o sobre todo ella, porque fue Simone, obsesiva
memorialista, siempre escribiendo y razonando sobre
el monotema de sus experiencias íntimas, quien inten-

tó edificar su personalidad (y por añadidura la de Sartre) como un logro literario e histórico. Se narró a sí misma, o se tradujo.

* Según esta versión más ortodoxa, Simone y Sartre fueron esos grandes intelectuales que todos conocemos, iconoclastas y comprometidos (a menudo vidriosamente comprometidos: fueron prosoviéticos en épocas tardías y bastante bochornosas), agudos pensadores capaces de sintetizar ideas fundamentales para su época: el feminismo de Beauvoir o el existencialismo de ambos, con el cual se propugnaba una nueva moral atea, la libertad y responsabilidad absoluta del ser humano en la construcción de su propio destino. Más atractiva aún era su extraordinaria relación: se trataban entre ellos de usted, nunca habían vivido juntos sino en cuartos contiguos de hoteles o en apartamentos en el mismo barrio, habían tenido los dos diversos amantes *contingentes*, o sea, importantes y apasionados pero secundarios. Vista desde fuera, esa insólita pareja parecía maravillosa e indestructible (duró cincuenta y un años), un ejemplo de otras formas posibles de convivencia. Ellos, por su parte, no hacían más que hablar de *honestidad* y *transparencia*, sus palabras tótem como existencialistas y como amantes.

Pero luego están la Simone y el Sartre privados, que han ido emergiendo, como una sucia espuma, con la publicación póstuma de los papeles íntimos. Hemos sabido así que Sartre era un donjuán compulsivo y patético que necesitaba conquistar absolutamente a todas las mujeres, a las cuales inundaba de cartas amorosas de torpe énfasis, «mi amor absoluto, mi pequeña pasión, mi gran amor para siempre jamás», repetitivas frases escritas el mismo día en misivas distintas para las

lidad (y por añadidura la de Sartre literario e histórico. Se narró a sí

más ortodoxa, Simone y Sartre intelectuales que todos conocemos, comprometidos (a menudo vidriosos: fueron prosoviéticos en épocas chornosas), agudos pensadores de ideas fundamentales para su época: Beauvoir o el existencialismo de quien se propugnaba una nueva moral de responsabilidad absoluta del ser y la acción de su propio destino. Más extraordinaria relación: se trató de un matrimonio, nunca habían vivido juntos en hoteles o en apartamentos, habían tenido los dos diversos amantes, o sea, importantes y apasionados. Desde fuera, esa insólita pareja parecía indestructible (duró cincuenta años) y de otras formas posibles de compartir la vida, no hacían más que hablar de *voluntad de ser*, sus palabras tótem como amantes.

Simone y el Sartre privados, que parecían como una sucia espuma, con la que se cubrían de los papeles íntimos. Hemos visto que era un donjuán compulsivo y que había conquistado absolutamente a las mujeres a las cuales inundaba de cartas amorosas: «mi amor absoluto, mi pequeña para siempre jamás», repetitivas y que llegaban día en misivas distintas para las

diversas amantes que simultaneaba de forma clandestina. Yes que la honestidad y la transparencia sólo la usaron Simone y Sartre entre ellos mismos, para comentarse el uno al otro cínicamente los más escabrosos detalles de sus amoríos.

Tanto Simone como Sartre parecían necesitar una corte de rendidos admiradores. Resulta curioso constatar que tuvieron pocos amigos (y poquísimos amantes) de su edad: preferían reinar como felices budas sobre lo que ellos llamaban *la familia*, un grupo de jóvenes alumnos y discípulos que les bañaban de amor y reverencia y a quienes ellos pagaban los alquileres o las facturas del médico, arrastrándoles por la vida sin soltar nunca la cuerda umbilical con la que les mantenían débiles y dependientes de su brillo. La bisexual Simone estableció con Sartre varios tríos: compartieron, por ejemplo, a sus alumnas Olga y Louise, que apenas si tenían dieciocho años cuando se enamoraron de la también joven Beauvoir (la edad de las chicas terminó siendo problemática: la madre de Nathalie denunció en 1943 a Simone por corrupción de menores y Beauvoir fue expulsada de la enseñanza). El tinglado emocional en que estaban metidos Sartre y Simone, en fin, era tan tontamente complicado y tan risible como un mal vodevil.

Durante la guerra, por ejemplo, Simone mantenía al mismo tiempo relaciones clandestinas con Bost, un alumno de Sartre; con Nathalie, con Louise y con Olga, y sólo Sartre sabía de la existencia de todos ellos; lo cual no sería necesariamente censurable y ni siquiera raro (¿quién no ha pasado en algún momento de su vida por épocas locas?) si no fuera por el tono insufriblemente superior, cruel y frívolo que Beauvoir y Sartre usan en sus cartas. «Wanda tiene el cerebro de un mosquito»,

decía Sartre a Beauvoir, refiriéndose a una amante a la que prometía encendido amor eterno; y de otra comenta: «Es una tía muy maciza que chupó mi lengua con la potencia de una aspiradora eléctrica». Ambos, después de jurar pasiones arrebatadas a la pobre Louise que los dos compartían («quiero que sepas que te amo apasionadamente y para siempre»), la despellejaban con total frialdad, planificando las mentiras que le dirían «para que sea feliz sin dar mucho la lata». Uno de los comentarios más viles de Beauvoir es respecto a esta Louise: se queja de que la chica tiene un olor corporal apestoso que hace «penoso» el encuentro sexual (aunque no por eso dejaba Simone de acostarse con ella).

La lectura de las cartas y los diarios íntimos de ambos terminan dibujando un retrato un tanto espeluznante: en el peor de los casos parecen colegas de cuartel compartiendo la sucia gloria de las conquistas; en el mejor, entomólogos fríos y feroces capaces de diseccionar todas las vidas como mera materia literaria. «Tengo el convencimiento de que soy un cerdo», decía de cuando en cuando Sartre; y Beauvoir se apresuraba a convencerle de lo contrario: puras palabras huecas que se devoraban a sí mismas. «Cuando veo todos esos fracasos y a todas estas personitas amables y débiles como Louise u Olga, etcétera, me agrada pensar lo sólidos que somos nosotros, usted y yo», le dice Simone a Sartre, embriagada de autocomplacencia. Eso es lo que parece buscar Beauvoir en los demás: el espejo de su propia grandeza. Y así, de Nathalie dice: «Me quiere por lo menos tanto como Louise me ha querido». Una frase sin duda reveladora de su manera de relacionarse con los demás: porque ante un nuevo amor uno suele resaltar las propias emociones (*le amo más que a nadie*),

Beauvoir, refiriéndose a una amante a la que le había dado el encendido amor eterno; y de otra comen-
tando la mujer muy maciza que chupó mi lengua con la
de la aspiradora eléctrica». Ambos, después
de haber sido arrebatadas a la pobre Louise que los
amaba («quiero que sepas que te amo apasio-
nadamente siempre»), la despellejaban con total
despreocupación las mentiras que le dirían «para
dejar mucho la lata». Uno de los comenta-
rios de Beauvoir es respecto a esta Louise: se
dice que la chica tiene un olor corporal apesoso
después del encuentro sexual (aunque no por
el hecho de acostarse con ella).

Las cartas y los diarios íntimos de ambos
dan un retrato un tanto espeluznante:
los casos parecen colegas de cuartel comen-
tando la gloria de las conquistas; en el mejor
de los casos, los hombres son orgullosos y feroces capaces de diseccionar
a las mujeres como mera materia literaria. «Tengo el
sentido de que soy un cerdo», decía de su
relación con Sartre; y Beauvoir se apresuraba a con-
trario: puras palabras huecas que se
repetían. «Cuando veo todos esos fracasos
de esas personitas amables y débiles como
yo etcétera, me agrada pensar en los sólidos
hombres, usted y yo», le dice Simone a Sar-
tre de autocomplacencia. Eso es lo que
Beauvoir en los demás: el espejo de su
propia vida. Y así, de Nathalie dice: «Me quiere
mucho como Louise me ha querido». Una
de las cosas que me gusta de su manera de relacionarse
es que aunque ante un nuevo amor uno suele
dejar atrás las emociones (*le amo más que a nadie*),

no hacer mercantiles cálculos comparativos sobre las
cantidades de cariño que has recibido.

Ese uso implacable y entomológico del corazón del otro
tuvo sus costes. Olga, que estuvo tan trastornada durante
los dos años que duró el triángulo que terminó apagán-
dose cigarrillos en las manos, se encontró a su vejez con
las cartas íntimas de Sartre, publicadas por Beauvoir tras
la muerte de él; y el horror de Olga fue tal al ver cómo se
referían a ella que rompió con Simone y murió pocos
meses después sin haberse reconciliado. En cuanto a Nel-
son Algren, el escritor norteamericano, falleció a los
setenta y dos años de un infarto tras agarrarse un berrin-
che ante un periodista recordando el mal uso que Simo-
ne había dado a su relación: la había contado en la novela
Los Mandarines y en sus memorias; la había publicado
«impudicamente» incluyendo párrafos de las cartas de
Algren, y esto es algo que él no había podido perdonarle.

Tal vez Sartre no fue capaz de amar de verdad a nadie;
Simone, sin embargo, sí: amó fielmente a Sartre, o al
menos amó profundamente el amor que ella inventó
para él. Quiero decir que, dentro de ese férreo empeño
de Beauvoir en hacerse a sí misma, también había diseña-
do un lugar para un amor perfecto. Por eso le aguantó a
Sartre sus caprichos y sus desaires; y fue Simone quien sos-
tuvo la historia a través del tiempo, incluso cuando man-
tenía intensas relaciones con otras personas, como con el
periodista Claude Lanzmann, diecisiete años menor que
ella, que fue el único hombre con quien convivió.

Pero la vida es a menudo cruel y no hay voluntad huma-
na, por muy poderosa que sea, capaz de resistir los vien-
tos del azar. Con el tiempo, Simone y Sartre se fueron ale-
jando el uno del otro. Ambos acabaron sus vidas con
mujeres a quienes llevaban más de treinta años: Arlette

en el caso de Sartre, Sylvie en el caso de Beauvoir. Ambos las adoptaron legalmente, cada cual su propia hija; y, poco a poco, se fueron construyendo cada uno un mundo de relaciones que ya no era común. Los siete últimos años de Sartre fueron los peores: el filósofo estaba ciego y tal vez mentalmente afectado. Se echó en brazos de un grupo maoísta, empezó a publicar reflexiones de poco nivel que Simone no conocía y que no compartía. Era la traición última: habían dejado de ser dos cuerpos con una sola cabeza. Simone contó a sus biógrafos Francis y Gontier los últimos instantes de Sartre: estaba en la cama del hospital y, sin abrir los ojos, dijo: «La amo mucho, mi querida Castor», y le ofreció los labios, que ella besó; y luego se durmió y murió. Conmovedora escena, perfecta culminación literaria de una vida de amor, que Francis y Gontier publicaron en su estupendo libro creyéndola cierta. Pero al parecer no sucedió así: fue Arlette quien estaba con Sartre cuando éste murió. Simone llegó después e intentó meterse en la cama con el cadáver.

El patetismo de esta mentira de Simone no hace sino rubricar lo patético de sus siguientes actos. Porque Arlette era y es la heredera legal de Sartre, la albacea de todos sus escritos (tremenda, insoportable crueldad la de Sartre con Beauvoir al hacer esto); de modo que, para reconducir de nuevo la historia al marco diseñado por su voluntad, Simone escribió *La ceremonia del adiós*, su estremecedor libro sobre los últimos años de Sartre; y cuando Arlette publicó los manuscritos póstumos del filósofo, ella publicó las cartas que él le había mandado: palabras y palabras, palabras como lazos para anudar la imagen de Sartre a la suya propia.

Beauvoir sólo sobrevivió seis años a su mítica pareja: murió en 1986. Y en 1990, Sylvie, su hija adoptiva, sacó

Sylvie en el caso de Beauvoir. Ambos, lmente, cada cual su propia hija; y con construyendo cada uno un mundo ya no era común. Los siete últimos en los peores: el filósofo estaba ciego y afectado. Se echó en brazos de un vezó a publicar reflexiones de poco conocía y que no compartía. Era la ían dejado de ser dos cuerpos con Simone contó a sus biógrafos Francis y asistentes de Sartre: estaba en la cama ir los ojos, dijo: «La amo mucho, mi ofreció los labios, que ella besó; y rió. Conmovedora escena, perfecta de una vida de amor, que Francis y en su estupendo libro creyéndola r no sucedió así: fue Arlette quien ndo éste murió. Simone llegó des- e en la cama con el cadáver.

La mentira de Simone no hace sino de sus siguientes actos. Porque redera legal de Sartre, la albacea tremenda, insoportable crueldad voir al hacer esto); de modo que, vevo la historia al marco diseñado ne escribió *La ceremonia del adiós*, sobre los últimos años de Sartre; icó los manuscritos póstumos del as cartas que él le había manda- s, palabras como lazos para anu- e a la suya propia.

ivió seis años a su mítica pareja: 190, Sylvie, su hija adoptiva, sacó

la edición íntegra de esas cartas personales de Beauvoir tan turbias y tan miserables. ¿Por qué decidiría publicarlas? ¿Por amor al recuerdo de Simone? ¿Por dinero? ¿Por venganza? Nada se sabe de la relación de Sylvie con Beauvoir, que se extendió durante los últimos veintitrés años de la vida de la escritora y que Simone comparó a veces con su relación con Sartre; pero lo cierto es que la publicación de sus papeles privados ensuciaron el mito de Beauvoir. Ella, que tanto aireó impudicamente las intimidades de los demás, se convirtió de pronto en objeto de impúdico cotilleo: tal vez fuera un caso de justicia poética. Sea como fuere, ahora su imagen es más compleja y más humana: porque todos tenemos vergüenzas e incoherencias que ocultar en nuestra vida privada. Y al final, entre tanta gloria y tanta miseria, lo que queda es la magnífica proeza de haber sido libre y responsable de su propio destino. Para bien y para mal, Beauvoir se hizo a sí misma.

BIBLIOGRAFÍA

Simone de Beauvoir, C. Francis & F. Gontier, Plaza y Janés.

Memorias de una joven formal, La plenitud de la vida, La fuerza de las cosas, Final de cuentas, La ceremonia del adiós, Diario de guerra, Cartas a Sartre I y II, Simone de Beauvoir. Todos en Edhasa.

El Segundo Sexo, en Siglo XXI.

Novelas y cuentos en Edhasa.

Obras Completas en Aguilar.

Cartas al Castor, Cuadernos de guerra, Jean Paul Sartre. Los dos en Edhasa.

Simone de Beauvoir, the woman & her work, M. Crosland. Heinemann, Londres.